

# Memoria del maestro

José Manuel CASAS TORRES

Conocí a Luis Solé, en una reunión de Geografía organizada por el Instituto Elcano en la Universidad de Verano de Jaca. En compañía de D. Amando Melón, D. Luis García Saínez y D. Juan Dantín Cereceda, recorrimos el Pirineo aragonés occidental. Desde aquel lejano 1940 considero a Solé como amigo y maestro.

Hoy, 46 años después, quiero honrar su memoria, evocando ante Vds. algunos aspectos de su acusada personalidad, sobre todo en cuanto profesor e investigador universitario, amigo entrañable y auténtico maestro.

Ya he dicho en otro lugar, y lo repito ahora, que para mí la geografía española contemporánea se divide en dos partes: antes de Solé y después de él.

Solé Sabarís es un hombre que sintió un sincero y hondo cariño por su profesión: le gustaba investigar y le gustaba enseñar. No sólo era un gran geólogo sino también un más que excelente geógrafo, no sólo físico, sino humano y regional. Le gustaba el campo, que recorría incesantemente —infatigable— y era muy sensible a su belleza, que le producía un entusiasmo que no podía ocultar.

Fue un gran profesor y admiró siempre a los colegas que se preocupaban de sus alumnos, por ejemplo Daniel Faucher, pero él tuvo también incontables alumnos, tanto de la Facultad de Ciencias —el llorado Llopis Lladó, Carmina Virgili, José María Fontboté, Oriol Riba, entre otros muchos—, como de la de Letras —Vilà Valentí, Salvador Llobet, y yo mismo.

Más de doscientas publicaciones recogen su obra escrita, pero no soy yo el indicado para entrar en el análisis de sus obras, sino que sólo me limitaré a referirme a cuatro de ellas: La primera que es muchísimo más que un manual de divulgación, a pesar del título «Introducción a la Geología», publicada en 1938 tiene, junto a ser la mejor síntesis aparecida hasta ahora en castellano, el entrañable interés de que sirvió a Solé para entretejer los largos días que su padre, D. Felipe, permaneció escondido, sin salir a la calle, en Barcelona, durante nuestra guerra civil. Luis Solé, le explicaba y resumía cada tema y luego D. Felipe les daba la forma literaria con que fueron editados.

La segunda, «Los Pirineos», encierra todos los conocimientos que Solé había ido reu-

niendo durante muchos años de contacto directo con nuestra cordillera, y de atentas y exhaustivas lecturas. Es un libro que aún hoy conserva toda su frescura.

Los otros dos son: el volumen 1º de la monumental geografía de España, de la casa Montaner y Simón, que dirigió conjuntamente con Manuel de Terán. (Este volumen primero, «El relieve peninsular», marca un hito en la historia de la geografía española) y la Geografía de Catalunya de la Casa Aedos, obra de muchos colaboradores, también coordinada y dirigida por él, que es desde su publicación, hace veinte años, la mejor geografía regional peninsular.

En la misma línea de sus escritos estaban sus clases y lecturas. En castellano o catalán las exposiciones de Solé se caracterizaban por el orden, la claridad y una sobria elegancia en la construcción de las frases, que las hacían amenísimas. Pero todo el fuego y la pasión por los problemas geográficos los comunicaba, como ya he dicho, en las excursiones — yo le he visto echar su bastón al aire para manifestar su entusiasmo ante un paisaje modélico—; la docencia se vestía entonces con el limpio ropaje de la amistad —«un día de excursión», solía decir Solé, «vale por un año de amistad»— y con él el campo era palestra para el ejercicio de las virtudes humanas, de Solé aprendimos a acompañar la marcha al ritmo del compañero cansado, a llevar su mochila, a comprender y ayudar a todos. Quiero ahora citar, porque tenía sus mismas cualidades humanas, a otro excelente profesor naturalista con quien le unía una buena amistad: D. Carlos Vidal Box, adjunto y compañero del inolvidable Paco Hernández Pacheco.

Las clases, las excursiones, los Congresos, la redacción de artículos y libros, aún dejaron tiempo a Solé —¿o se lo robaron a pesar suyo?— para ser un excelente hombre de gobierno. Además de dirigir el Departamento de su cátedra, fue Director del Instituto de Estudios Pirenaicos, que fundó con D. José María Albareda, Secretario de la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona. Da idea de su talla humana y moral el que cuando en un cambio de ministros y por una calumnia salida de su propia Facultad fue relevado de su cargo de Secretario de la Delegación del Consejo, su única reacción fue pasar muchas horas informando y poniendo en antecedentes a Santiago Alcobé que había sido nombrado para sucederle.

Debo hacer constar para completar la información que cuando el nuevo ministro supo que había sido engañado ofreció otros puestos a Solé, que éste no aceptó porque entre tanto su tiempo se había vuelto a llenar con su trabajo científico y académico.

Con la misma modestia, eficacia y lealtad fue después Presidente de la meritísima Societat Catalana de Geografia, filial del Institut d'Estudis Catalans.

Todas las grandes condiciones humanas de Solé Sabarís, su hombría de bien y su sentido cristiano de la vida, se pusieron de relieve a lo largo de toda su ejemplar vida familiar, y cuando la trágica muerte de su hijo les llenó de pena, Solé y su esposa, sobrellevaron su dolor con una entereza y un señorío sobrecogedores.

Fue un gran amigo: supo ser amigo de sus alumnos, un amigo fraterno, leal, lleno de atenciones y delicadezas. Una vez me dijo que cuando un colega se equivoca en una publicación, lo más conveniente es publicar con él otro artículo rectificando el anterior sin decirlo. Y él lo hacía siempre que podía.

No sólo amó mucho a Cataluña, sino que nos enseñó a amarla. Con él he recorrido sus comarcas y visitado sus ciudades, y más de una vez desde Barcelona nos preparaba los itinerarios de la excursión a Cataluña que hacían muchas veces conmigo los alumnos de mi cátedra y dejaba sus ocupaciones y venían a enseñarnos la industria papelera de Capellades o los volcanes de Olot o la montaña monseratinina.

Pero del mismo modo quería a las demás regiones españolas. Recuerdo que para apla-

zar una pequeña excursión en las inmediaciones de Madrid, me dijo, hace muchos años: —Mira, no quiero empezar a estudiar Castilla con prisas, merece mucho más tiempo.

Juntos fuimos a Extremadura, juntos fuimos a Soria, una y otra vez, juntos con Alfredo Floristán recorrimos la zona de su tesis, la ribera tudelana de Navarra... y tantas y tantas salidas al campo...

Solé era un poeta nato, ¿cuántas veces recitó en la solemnidad del bosque o las cimas montañosas «La vaca cega», de Maragall, y por cuantas trochas, veredas y carreteras hemos cantado aquello de:

«La Mare de Déu  
quan era xiqueta  
anava a costura  
a aprendre de lletra...»

Solé murió en la mañana de un domingo de julio. El sábado anterior estuvo en su parroquia, oyó misa y recibió al Señor. Estamos recordando a un amigo vivo, ejemplo de modestia, laboriosidad, cordialidad, entusiasmo por la tarea bien terminada, entrega a los demás, lealtad, inmensa capacidad de perdón, modelo de esposos y padres. El ejemplo de Solé honra a su universidad y a su generación.

A los que le han sucedido, a todos, pero sobre todo a los más jóvenes nos corresponde ahora recoger la antorcha donde él la dejó y llevarla lo más lejos que podamos.

Madrid, enero 1986